

bed que ella es la Madre de nuestro Dios. Ella es la Reina y Señora de la gloria. A su entrada se agrupan millones de millones de ángeles para mirarla en su glorioso tránsito por las magníficas galerías de aquella celestial mansion, ricamente vestidas de suprema gala para fiesta tan grandiosa; y se agrupan y se estrechan y se apiñan en tal grado que, como los vió David mil años antes, los ángeles que hacen la guardia á la Señora, mandan á los ángeles que habían quedado en el cielo, que abran camino y den paso á la Reina: *Iter facite ei..... iter facite ei* (1): y ellos la miran y se recrean en mirarla y no se sacian con verla; y Ella (2), vestida de púrpura recamada de oro de ofir de la más acendrada caridad, y circuida de la variedad más vistosa de los adornos de todas las virtudes, penetra hasta el solio del Rey de la gloria, y toma asiento en el trono que le tiene preparado á su diestra (3), y allí descansa tranquila bajo la sombra del bien amado de su alma. *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Pero ¿y quién dudará que, además de la inefable gloria esencial correspondiente á aquella gracia original recibida en su Concepcion inmaculada, y aumentada con creces casi infinitas hasta su felicísimo tránsito por méritos sin número, recibió tambien este dia la Señora un poder y amplitud de dominio sin restriccion sobre todo lo criado? Ella es hoy, en efecto, coronada, emperatriz, soberana sobre el cielo, la tierra y el abismo; su nombre augusto se da como enseña de la salud, y se manda pronunciar con profundo respeto en todo lugar: el serafin besa anonadado su planta; Miguel, á la cabeza de los ejércitos celestiales, le jura rendida obediencia: los patriarcas, los profetas, los santos todos en nombre del género humano le rinden homenaje, y la aclaman por honra de nuestro linaje, gloria de nuestro pueblo, alegría de nuestra pobre tierra. Luzbel y sus infelices secuaces aullan de

(1) Ps. 67. v. 5.

(2) Ps. 44.

(3) Reg. c. II v. 19.

furor y en precipitada fuga se esconden en lo más hondo del averno. Pero todo esto ¿quién duda que sea en pro del hombre miserable? Ese poder vastísimo, ese imperio ilimitado, ese dominio absoluto, ¿á quién aprovechará sino á nosotros siervos, hermanos, hijos, en fin de tan amable como augusta Reina? ¿Para quién, sino para nosotros serán aquellas entrañas de Madre? ¿A qué fin ejercerá su imperio sobre sus obedientes ángeles, sino para nuestra tutela? ¿En qué ocasion desplegará todo su poder contra las formidables huestes infernales, sino cuando peligrosos sus hijos? Nuestra es, pues, su gloria, nuestro su magnífico triunfo, nuestro su poder y su imperio; descansenos, sosegados y tranquilos, bajo su amable y benéfica sombra: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Paréceme, hermanos míos, que al entrar María en la gloria se repitió en una escala incomparablemente más alta el pasaje que leemos en el libro de Tobías (1). Presentóse á su padre el jóven Tobías y le dijo: “Padre, ¿qué merced le daremos á este insigne conductor? ¿Qué cosa podrá corresponder á sus beneficios? El me ha llevado y traído sano; él me ha dado esposa; él me libró de los peligros del camino; él causó la alegría en la casa de mi esposa y de mi padre; ¿qué le podremos, pues, dar que sea condigno? Mas pídotte, padre mio, que le ruegues se digne tomar para sí la mitad de todo lo que ha traído.” Paréceme, digo, que al entrar María en el cielo se presenta ante el solio del Eterno Padre su Unigénito humanado, y presentándole á María, le dice: “Padre mio, que me engendraste en los resplandores de los santos muy más antes que brillara el lucero de la mañana (2), en el Hoy de tu eternidad, aquí tienes á mi Madre de quien nació en el tiempo por amor á los hombres; Ella me vistió en su vientre con esta humanidad (3); Ella me nutrió á sus pechos con dulcísima leche; Ella me libertó de la persecucion de Herodes; Ella me llevó y me trajo sano

(1) Job, c. II.

(2) Ps.

(3) S. Bern. *Vestis eum substantia carnis* (De ver Apoc., c. XII).

del Egipto; me acompañó, me sirvió, lloró conmigo; no me desamparó en el Gólgota, ni se me apartó en toda mi vida mortal; antes bien, se asoció conmigo para la grande obra que me mandaste de la regeneracion del hombre, de la reconciliacion del cielo con la tierra, de la redencion de la humanidad; Ella hizo la alegría en la casa de mi esposa la Iglesia; y hoy la enaltece tambien en la casa de mi Padre, la gloria. Ruégote, pues, Padre mio, que le demos, no la mitad, sino todos los bienes que yo he traído con mi Encarnacion y tú me has dado. Suya sea mi gloria, suyo mi triunfo, suya mi Iglesia, suyo mi reino y mi solio y mi poder." Al punto el Padre con el Hijo y con el Espíritu reciben á María, la coronan, la sientan en el solio y la declaran por Corredentora del linaje humano, por Madre verdadera de Dios, por Reina y Señora de la gloria y de la Iglesia y de la creacion entera. El Padre decreta que toda la gloria del Hijo humano ceda en honor de la Madre: el Hijo manda que ninguna gracia se otorgue sino por su conducto (1): el Espíritu Santo quiere que su Esposa sea el reclinatorio de toda la Trinidad, y que sea revestida de la gloria de la majestad (2). Al instante mil voces de alegría resuenan en el cielo, en la tierra y en la creacion entera; y María, sentada bajo la sombra del bien amado de su alma, llena de gloria y cubierta de majestad, descansa de una vez por siempre en el supremo gozo que cabe en el corazon de una pura criatura: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Pero y bien, ¿la Señora por hallarse en este triunfo y sublimada á tanta gloria, habrá despojádose de los sentimientos maternales para con nosotros, por hallarse ya despojada de nuestra miseria? No, mil veces no: demasiado alto nos habla la montaña de Judea á donde María fué presurosa sin esperar á ser llamada para santificar al Bautista, para llenar del Espíritu Santo á Isabel, para

(1) San Bern. *Omnia nos habere voluit per Mariam.*
 (2) San Bern. *Vestiris gloria majestatis.*

formar la alegría de aquella casa (1). Dígalo Canáa de Galilea, en donde María, sin dar lugar á que los esposos sufrieran el bochorno de la falta de vino, se apresuró á remediarlo (2): Hable el Gólgota en donde María nos recibió por hijos en la persona de Juan. Hable, por fin, la Iglesia universal y hablen todas las generaciones á la vez, las cuales una á una han venido proclamando á María con el dulce epíteto de bienaventurada, porque el Omnipotente obró en ella cosas grandes en su favor, y por medio de Ella las está obrando sin cesar en favor nuestro (3). Sí, hermanos míos, desde que María se sentó en el solio de su gloria, puede decirse que la humanidad entera se sentó con Ella tambien bajo su amparo, y se puso al abrigo de todos los males bajo su sombra; porque por medio de Ella, como dice San Agustin, *mutatur natura protoplastorum*, todo se mudó; y aun los mismos males, para quien quiera aprovecharlos, se trocarán en bienes: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Y si volvemos nuestra consideracion á la Santa Iglesia Católica erigida por los santos apóstoles bajo los auspicios de María, cuya Asuncion celebramos, ¿qué tenemos ya que extrañar los innumerables beneficios con que el Señor la ha privilegiado y honrado sobre la tierra, debido todo sin duda á la proteccion de María? A Ella, sí, á Ella le es deudora de esa fe divina sellada con la sangre de tantos millones de mártires; que ni todas las convulsiones antireligiosas, ni todos los esfuerzos de la herejía y de la falsa filosofia, que con especiosos nombres todo lo ha querido falsear en la última época, ni el infierno mismo con toda su astucia han podido arrancarla: á Ella debemos esa gloriosa série de venerables pontífices y santos pastores que el Señor la ha dado en su misericordia, y que forman una prueba incontrastable de que bajo la proteccion de María, ni las puertas del infierno pre-

(1) S. Luc., c. I, vs. 39 et sequent.
 (2) S. Joan., c. II, v. 1 et sequent.
 (3) S. Luc., c. 2.

valecerán contra Ella (1), ni el espíritu de verdad la abandonará jamás (2), ni le faltará nunca la fecundidad que le está prometida hasta el fin de los siglos (3): á Ella..... ¿pero á dónde voy, ni para qué empeñarme en una verdad que cuenta con tantos testigos cuantas Iglesias parciales ha habido y hay en la universal? Esta nuestra, es una de ellas; levantad, sí, vuestros ojos y mirad cómo desde el magnífico solio de su gloria descende María y viene con prisa á visitar nuestra patria y á plantear por sí misma esta villa fecunda, esta Iglesia mexicana; y allí, allí en el lugar mismo que santificó con sus plantas, allí en el Tepeyac, teneis el monumento perennal de nuestras glorias, el timbre de nuestra honra y la garantía más cierta de que esta bella porcion del catolicismo, la Iglesia mexicana, se halla bien asentada á su vez bajo el amparo y la sombra bienhechora de María: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Y de la nuestra de Leon en especial, ¿qué diré? Leed, hermanos míos, el oráculo del Vaticano, la Bula de su ereccion, ese monumento de su elevacion al rango de una de las sillas episcopales de la Iglesia mexicana; ¿qué dice, pues? ¡Oh! ¿y quién no se enternece al leer que esta iglesia, esta misma basilica en que estamos está mandada erigir á gloria de Dios para honor de la beatísima Madre de la Luz: *Deo in honorem beatissimae Virginis Lucis*, bajo cuya tutela queda colocada esta iglesia y ciudad y diócesis; y su pastor y su cabildo y su clero y sus fieles? Con que también nosotros, y de una manera especialísima, y ¡qué dichosos somos de ello! Debemos descansar tranquilamente bajo la sombra de la Reina que hoy sube á los cielos: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

¡Oh Señora y Reina mía! sea mil veces en hora buena, porque hoy has subido á lo más alto de los cielos, magníficamente gloriosa, cotejada de millones de ángeles, re-

(1) S. Mat., c. XVI.

(2) S. Joan. *Docebit vos omnem veritatem.*

(3) Ps. 44. *Pro Patribus tuis nati sunt tibi Filii; constituis eos Principis super omnem terram.*

vestida del sol, con la luna á tus plantas y coronada de luceros (1): sea en hora buena, porque hoy has recibido los justísimos homenajes de la creacion entera que postrada á tus piés te venera por su Emperatriz Soberana y en tí reconoce la primogénita que sale de la boca del Altísimo ataviada de la más brillante hermosura, apacible y encantadora más que la luz en el dia primero de los tiempos, rica, poderosa y revestida de majestad: sea en hora buena, porque hoy recibes el premio amplísimo debido á tus merecimientos y virtudes, y correspondiente á la dignidad infinita de Madre verdadera de Dios: sea una y mil veces en hora buena por éstas y por todas tus demás prerogativas; porque hoy eres recibida por tu Hijo Dios en el lugar más digno del cielo, así como tú lo recibiste en tus Virginales entrañas, que era el más digno que darse pudiera acá en la tierra: por el inefable gozo de su alma, por el ósculo de amor que mutuamente das y recibes de tu Hijo, por los deliquios de ferventísima caridad en que tu alma se derrite con la voz de tu amado (2). Goza en buena hora, Señora y Madre nuestra, de este inmenso peso de dicha, y descansa dulcemente asentada para siempre bajo la sombra del bien amado de tu ánima, y recreáte con el dulcísimo fruto de tu amor; pero no te olvides, no, de que somos una porcion de tus entrañas, siervos, hermanos é hijos tuyos: nuestro es tu triunfo, para nosotros tu valimiento y poder, en pro nuestro tu reinado en la gloria. Bajo la frondosa sombra de tu amparo y patrocinio descansa tranquila la Iglesia santa extendida desde el Oriente al Ocaso y del Septentrion al Mediodia, y su Pontífice Sumo el venerable Pío IX que acaba de coronar tus glorias con la declaracion del dogma de tu Inmaculada Concepcion, de tí confiesa haberlo recibido todo y de tí todo lo espera; escucha, pues, su humilde súplica, su encendido ruego: escucha el de toda Iglesia mexicana, y en especial el de ésta de Leon: hoy es el dia de mercedes y de gracias y hoy te pedimos la de que se conserve intacta en nuestro suelo

(1) Apoc., XII. v. 1.

(2) Cant., V, 6.

esa fe que tú plantaste, sin menoscabo, por la introducción de sectas falsas en este pueblo todo tuyo, todo Mariano; sino que antes bien seamos todos y siempre tuyos en el tiempo y la eternidad; y por tí vivamos en la gloria donde tú vives, que es la del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que vive y reina por los siglos de los siglos. AMEN.

S E R M O N

SOBRE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA

PREDICADO EN PUEBLA
EN EL CONVENTO DE LA CONCEPCION EL AÑO DE 1875

POR EL

PBRO. D. BARTOLOME ROJAS

*Fulcite me floribus, stipate me malis:
quia amore languo.—Laeva ejus sub ca-
pite meo et dextera illius amplexabitur me.*

Sostenedme con flores, cercadme de
manzanas: porque desfallezco de amor.—
La izquierda de él debajo de mi cabeza,
y su derecha me abrazará.

Cant., II, 5-6.

Señores:

Momentos hay de entusiasmo en que el alma, fuera de sí misma, no sabe darse cuenta de las impresiones que experimenta. Escenas tan tiernas, tan arrebatadoras nos ofrece el cristianismo, que ni pueden copiarse sino de una manera muy imperfecta, ni trasladarse al lienzo más que en oscuro y mal trazado boceto. Tal es, sin duda, la que hoy nos ofrece la Iglesia Santa celebrando el augusto mis-